

MICHEL FOUCAULT: LA AUTOCRÍTICA DEL PENSAMIENTO

Sergio Pérez Cortés
UAM-I

MICHEL FOUCAULT, *Dits et Écrits* (1954-1988), 4 vols., París, Gallimard, 1994, 3.322 pp.

Diez años después de su muerte, en septiembre de 1994, se publicaron en París cuatro volúmenes bajo el título general de *Dits et Écrits* de M. Foucault. En ellos se recogen, con excepción de los libros, todos los textos publicados por el autor, tanto en Francia como en el extranjero: prefacios, introducciones, entrevistas, artículos y conferencias. Como ocurre con este tipo de obras, el conjunto de más de tres mil páginas ofrece el espectáculo inquietante de la visión panorámica de una vida intelectual, con sus intereses, sus abandonos, sus correcciones y hasta sus desatinos. Hecho más inquietante aún, puesto que se refiere a alguien que con frecuencia insistió en que su vida debía borrarse detrás de su obra, mientras ésta quedaba unificada bajo la incierta noción de autor. Foucault, el enemigo de la pretensión del autor como fuente narcisista del significado, se encuentra él mismo en la inestable figura de alguien que ha producido algo que le perteneció y le sobrevive.

A nuestro juicio del conjunto también se desprende una experiencia profundamente foucaultiana: el despliegue de una

obra que revela su significado a medida que se elabora. Nadie ha insistido más que él en que una obra, a lo largo de una vida, no es el despliegue suntuoso de lo que ya se sabía desde siempre. Una obra, si es de investigación, es simultáneamente la producción de su sentido y no sólo la expansión de un único significado preexistente. Nuestro autor no ha cesado de multiplicar esas afirmaciones, desde la *Arqueología del saber* (donde para explicar que ha surgido riendo en un sitio inesperado, sostiene que para un escritor, la identidad de sí se reduce a un problema de registro civil), hasta *El uso de los placeres* (donde muestra que se ha reservado el derecho de recomenzar, trabajar en el silencio y en la inquietud, volver a empezar y encontrar aún el modo de dudar, sin que ello represente una dimisión): «si usted supiera, cuando comienza a escribir un libro, lo que va a decir al final, ¿cree usted que tendría el valor de escribirlo? Lo que vale para la escritura y para una relación amorosa vale también para la vida. El juego no vale la pena sino en la medida en que se ignora cómo podría terminar» (vol. IV, 727). Y a pesar de esas incertidumbres, el sentido se dice. Quizá no para ser resumido de manera meteórica, ni tampoco bajo la forma de una serie

de tesis que uno se sentiría con derecho a sustentar o descartar, como primer paso hacia un nuevo dogmatismo. Pero el sentido se expresa claramente como una concepción específica de la filosofía.

¿Qué concepción?: la de la filosofía como tarea crítica del pensamiento sobre sí mismo. En cierto modo, se dirá, nada nuevo desde Kant. Salvo que la originalidad consiste en que la crítica no busca examinar la congruencia de lo pensado en la unidad de una facultad racional, ni en revisar el ajuste del entendimiento con un estado de cosas dado, y mucho menos en establecer fines o ideales inalcanzables, invitando a todos los demás a perseguirlos. En Foucault, la crítica significa que el entendimiento realice un alejamiento de sí para formularse la pregunta: ¿es posible pensar y sentir de otra manera? Tarea que, después de todo, no corresponde a un arqueólogo sino a un etnólogo. Etnólogo de una clase particular, porque el contraste no se hace respecto a un otro lejano, distante y extraño, tan lejano y tan distante que se pierde en el folclore. No se quiere, por supuesto, minimizar las lecciones que hemos recibido de hombres que tienen otro color de piel, lenguas incomprensibles y hábitos extraordinarios, pero la sorpresa es que aquí es el sujeto de la tradición grecolatina el que es confrontado con su propia historia, contra sus otros modos de «haber sido». Para descubrir, naturalmente, que no siempre fue así y que en la locura, el castigo y la sexualidad, subyacen otros modos de pensar y de percibir, silenciosos y olvidados, pero reales.

Eso explica que el material de la obra de Foucault sea siempre histórico, sin por ello convertirse en trabajo de historiador. Entonces, el entramado de nuestras categorías en el plano del entendimiento, de la sexualidad, del poder o de la preocupación de sí, se explica por el montaje paulatino de saberes, discursos, mandatos y

prácticas, todos ellos datables y de ningún modo congruentes entre sí. El misterio de la individualidad es sustituido por la transparencia del mecanismo que la constituye. Este es el resultado del trabajo del etnólogo: la mirada distante que resulta de hacer del pasado un otro de sí.

Del procedimiento se siguen varias consecuencias que *Dits et Écrits* ejemplifican una y otra vez, y de las cuales proviene la imagen que ha quedado del filósofo. La primera consecuencia es que M. Foucault no se siente obligado a postular ninguna tesis y ninguna verdad que hasta entonces todos ignoraban. No hay en su obra ningún principio original e inédito y ninguna verdad nueva. Toda la novedad recae en el autodescubrimiento. La obra de Foucault no se organiza en torno a una tesis o a un principio que sólo a él le pertenecería; es por eso que *Dits et Écrits* no puede ser leído con el fin de clarificar un concepto o una idea rectora. Este conjunto de expresiones verbales y escritas no hace más que continuar con el propósito de sus libros: mostrar la consistencia del presente, las razones por las cuales la cosa, toda cosa, se presenta en la existencia, tal cual es. En definitiva, no contienen una crítica de la apariencia, sino una genealogía del presente, que es simultáneamente su crítica.

La segunda consecuencia se refiere a la forma de concebir la tarea del intelectual. En diversas entrevistas, nuestro autor insiste en que su labor no es la de ser apóstol de una verdad futura, ni la de presagiar cuál será la forma de las sociedades del porvenir. La tarea del intelectual es mucho más modesta: es devolver a los individuos la convicción de que son su propia obra, y de que los fines que persiguen no les son impuestos por ninguna otra instancia que ellos mismos. El intelectual no es un profeta y sólo le corresponde indicar a los individuos el grado de libertad que po-

seen, convenciénolos de que son mucho más libres de lo que piensan. La libertad a la que ellos aspiran no está localizada en un porvenir inalcanzable, sino que ya está aquí, en la crítica posible de sí mismos. Con el agravante de que el intelectual tampoco puede decirles hacia dónde dirigirse, puesto que el camino de la verdad no está trazado, el error no está excluido. Según Foucault esto tampoco debería inquietarles, porque el error también es un acto positivo. Algo cambia en los agentes cuando descubren que todas las evidencias bajo las que viven pueden ser removidas, pero no es al precio de sustituirlas por un dogma adicional (así se llame «la razón»), seguido de nuevas escuelas y nuevos disidentes.

Para reconocer el significado de su filosofía, Foucault ha debido andar todo el camino. Siguiendo a *Dits et Écrits*, no hay forma de declarar preeminente a la época «arqueológica», al periodo «genealógico» o a la reflexión «ética». Sería por el contrario sencillo encontrar en sus entrevistas varias declaraciones en torno «a lo que realmente le interesaba», las cuales, miradas de cerca, son incompatibles entre sí. Justo al final de su vida, reflexionando sobre su trabajo, Foucault escribió que no se trataba de una historia de las ideas, ni de una historia de las prácticas, sino de una historia de la «experiencia», es decir del montaje simultáneo de ideas y prácticas en el que los individuos establecen la relación de sí consigo mismo y la relación con el otro (con todo otro): «Todos somos seres que viven y que piensan. Contra lo que yo reacciono es contra esa ruptura que existe entre la historia social y la historia de las ideas. Los historiadores de la sociedad deben describir la manera en

que las gentes actúan sin pensar, y los historiadores de las ideas la manera en que las gentes piensan sin actuar. Todo el mundo piensa y actúa a la vez. La manera en que las personas actúan y reaccionan está ligada a una manera de pensar, y ésta a su vez, está naturalmente ligada a la tradición» (vol. IV, 781).

Es esa misma experiencia la que se deriva de *Dits et Écrits*: no es preciso, ni adecuado, elegir un observatorio único de la verdad. No se requiere de una elección solemne entre el discurso o el poder o las prácticas de sí, porque lo que cuenta es el despliegue sistemático del sentido de la experiencia. Es sin duda porque no hay primero lo pensado y luego lo vivido o viceversa, sino la unidad infinita, y difícil de precisar, de ambos.

Finalmente, desearíamos señalar la productividad de la obra de Foucault. Los últimos años han sido testigos de una gran proliferación de obras sobre Foucault, sobre su trabajo o su persona. Pero incluso esta abundancia no logra opacar la cantidad de investigaciones inspiradas en Foucault, que alcanzan diversos dominios disciplinarios como la historia, la sociología, la antropología, la psiquiatría, etc. Ésta ha sido su real contribución a la crítica del presente. Ella no consiste en trabajos exegéticos sino en intervenciones, por eso su presencia es detectable en diversos dominios y estrategias. Seguramente a la larga los efectos de su obra personal habrán de mitigarse, pero su posición en filosofía seguirá presente, porque lo propio del sentido es que se dice, y se sigue diciendo más allá de la existencia del autor. Mientras tanto, su repercusión directa continuará un cierto tiempo, y a ello contribuirá la publicación de estos volúmenes.